

Frete libertario

Madrid, 19 de agosto de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro

Suplemento del núm. 556

Con mucho respeto, pero con mayor energía

Ni Marcelino Domingo, ni nadie, tiene derecho a proponer la suspensión de las hostilidades en España

En su último discurso, el Presidente de la República Sr. Azaña, proclamó la libertad de crítica que ha de mantenerse dentro de la democracia española; y es a esa libertad a la que recurrimos, pudiendo hacerlo también a derechos que nadie le ha de negar al pueblo, para ocuparnos de la enojosa cuestión que ha planteado a todos los sectores antifascistas, sin excluir a Izquierda Republicana, el conocido y no olvidado político español, don Marcelino Domingo, que, desde hace mucho tiempo, viaja por el Extranjero, en cumplimiento de «misiones especiales», cuyo alcance no hemos conseguido conocer, ni nos importa.

Si el señor Azaña proclamó la libertad de crítica, que no solo ha de respetar, sino que también ha de defender la República, el Presidente del Consejo de ministros, en representación de todo el Gobierno, primeramente, y de todo el pueblo antifascista, después, ha dicho en numerosas ocasiones por qué luchamos y cuál es el único fin que puede tener la guerra en que defendemos la independencia y la libertad de España. Tal fin sólo es, y sólo puede ser la victoria definitiva del pueblo español, sobre los invasores que le atacan-sacarlos de aquí sería vencerlos-y sobre los rebeldes contra la República, que inexorablemente han de ser aplastados o sometidos a la voluntad nacional legítima e inequívocamente expresada.

Ha dicho el doctor Negrín que aquí no caben pactos ni componendas de ninguna índole. Otro tanto han dicho, al hablar con representación oficial, las más diversas personalidades de la vida pública antifascista. Y todas las Organizaciones sindicales, como todos los partidos políticos, han



manifestado claramente, en tantas ocasiones como ha sido menester, el mismo criterio, la misma decisión; criterio que dicta el más elemental sentido común y decisión que nuestra moral de lucha y nuestra dignidad de españoles, lo mismo que la reclaman, hacen de ella un mandato inexorable.

A mayor abundamiento podemos decir que la voluntad de resistencia, de lucha sin claudicaciones y de victoria definitiva ha sido expresada con exactitud que a nadie le permite llamarse a engaño, en uno de los trece puntos proclamados como programa por el Gobierno de guerra y de unión nacional que dirige nuestra marcha política nuestras actividades militares, nuestro desenvolvimiento social y nuestra vida económica. Y si han de cumplirse tales o cuales puntos de ese programa, si ni siquiera es admisible rozarlos, para todos los demás, hay que guardar también respeto.

Lo advertimos porque en «Política», diario dirigido por don Miguel San Andrés, delegado de la Subsecretaría de Prensa y Propaganda, ha publicado don Marcelino Domingo un artículo tan escandaloso como inadmisible, en el que si por una parte cae en la risible tontería de decir que «existe la anarquía en el territorio faccio-

so», por otra se atreve a proponer, con tono de maestro Ciruela de la diplomacia, nada menos que la suspensión de las hostilidades en nuestro país.

Por si alguien no lo cree, vamos ha reproducir las palabras del eminísimo republicano: «Si existe todavía moral, sentido de la lógica, destellos del Derecho y los Estados democráticos son capaces de elevar su autoridad para imponerlos, LO NORMAL SERIA QUE POR TODOS LOS MEDIOS SE IMPUSIERA LA SUSPENSIÓN DE HOSTILIDADES, hasta que la retirada de los extranjeros fuera total. Quien sitúa la ley por encima de la fuerza, quien sea partidario de aclarar en vez de enturbiar el ambiente de Europa; quien, como decía Victor Hugo, desee que se callen los tambores para que se oiga la razón, NO PUEDE Oponerse a que LAS ARMAS SE DEPONGAN MIENTRAS LA GUERRA ESPAÑOLA QUEDE EN CONDICIONES DE DEJAR DE SER UNA GUERRA EUROPEA EN ESPAÑA PARA SER UNA GUERRA QUE, ENTREGADA COMPLETAMENTE A LOS ESPAÑOLES, PUEDAN LOS ESPAÑOLES, EN LIBERTAD, DECIDIR SOBRE ELLA».

¿Está claro esto? Marcelino Domingo propone la suspensión de las hostilidades, el acallamiento de las armas, la apertura

de una tregua en la guerra. ¿Y quien es el, o quien es nadie, para proponer semejante cosa? ¿No es eso un armisticio? ¿Es que se terminó de otra manera la Guerra Europea? Si se abriese la tregua que se atreve a pedir desde Inglaterra el olvidable creador de la Reforma Agraria, si los fusiles y los cañones enmudecieran durante veinte días, con el pretexto de facilitar la problemática retirada de «voluntarios», ¿quién los haría sonar de nuevo?

Don Marcelino Domingo ha ido muy lejos, demasiado lejos. Le creíamos un poco más discreto e incapaz de levantar precipitadamente la cortina. Su proposición se opone rotundamente a toda la política pública del Gobierno actual y a todas las decisiones que, de cara al pueblo antifascista, han tomado hasta el momento presente las Organizaciones y los Partidos. Así, pues, no sólo en nombre de la C. N. T., sino en nombre de todos los sectores del antifascismo español, desautorizamos a don Marcelino rechazamos con indignación su propuesta y le advertimos que, como él mismo dice, «no es humana la comedia ante la tragedia».

Ahora bien; si alguien desea protestar de que nos atribuyamos tantas representaciones para rechazar la petición de un armisticio, puede hacerlo, y hágalo pronto. Porque conviene que todos nos veamos la cara, y es preciso saber si hay aquí quien comparta la opinión expuesta en las columnas de «Política», diario nacional de Izquierda Republicana, dirigido por don Miguel San Andrés, delegado de la Subsecretaría de Prensa y Propaganda.



¡Abajo los mediadores!



Ya se quitan la careta,
descúbrese ya la cara,
los negociantes secretos
del "abrazo de Vergara":

Los Portela Valladares,
los Sánchez Román, los Mau-
[ra.

los Marcelino Domingo
y otros cien de su calaña.

Malos en sí los que nombro,
son buenos si se comparan
con aquellos cuyo nombre
mi pluma discreta calla.

Los unos están aquí,
los otros viven en Francia;
los demás, en Inglaterra,
y, ¡ay!, nadando entre dos
[aguas.

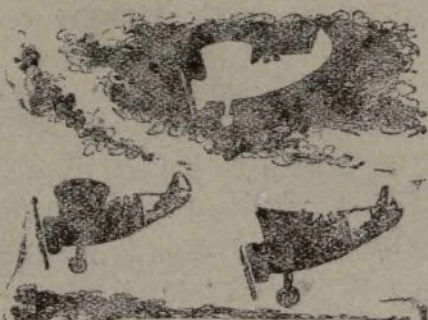
Sin dolor de corazón
y sin vergüenza en la cara,
son los que no saben ser
"ni chicha ni limonada";
los de todos los fracasos,
los de las buenas palabras,
que estaban sólo consigo
cuando todos estaban.

Son los de "quiero y no
[puedo"
cuando poderes les faltan;
de "puedo y no quiero" cuan-
[do,

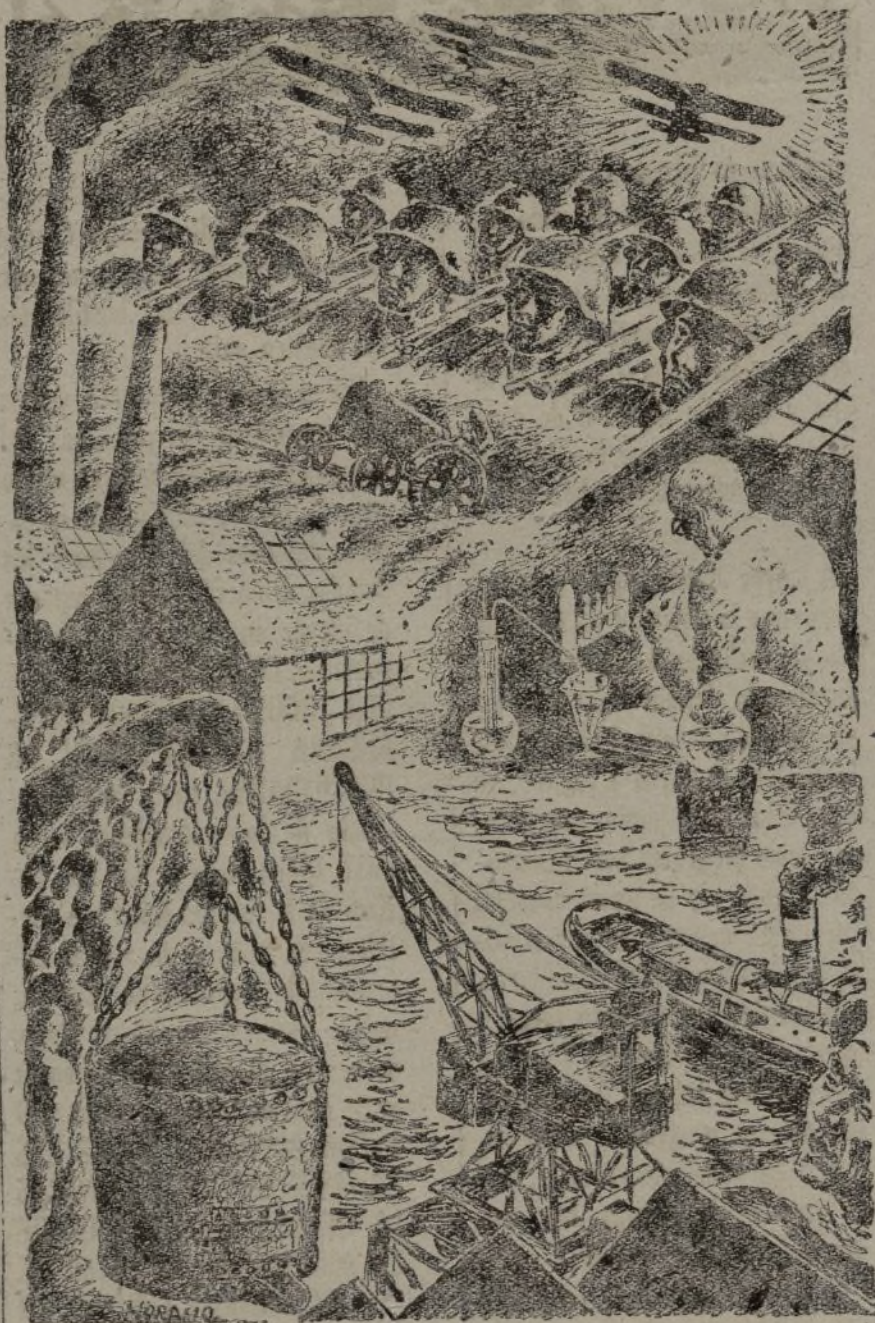
pudiendo con querer basta;
quienes vivieron un lustro
del desgoberno de Babia,
todo lo fueron allí
y hoy nada son en España.

Los que con Mola y con
[Franco

quisieron ponerse al habla
cuando la gente de "mono"
los cuarteles asaltaba,
y huyeron poco después,
mientras ardía en su patria
la guerra, que ellos trajeron
por cobardes y tontainas;
los que la miran de lejos,
los que ni mueren ni matan



Marcelino Domingo ha escrito lo si-
guiente: "...lo normal sería que, por
todos los medios, se impusiera la
suspensión de hostilidades, hasta
que la retirada de voluntarios fuera
total". ¿Qué os parece, compañeros?



pero viven del dolor
de los campos de batalla.

Aduladores del pueblo,
mientras combate o trabaja,
con sus bajunas intrigas
le están haciendo la pascua.

Responsables de la guerra,
si le volvieran la espalda,
nos la quieren terminar
como a ellos les dé la gana.

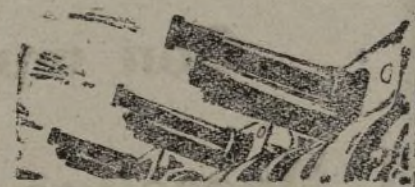
Tregua pide Marcelino,
y a fe que tal pocalacha
tiene a estas horas aquí

quien le cubre las espaldas.

La tregua que solicita,
con sangre querrá comprarla,
que en feria de imperialismos
no admiten moneda falsa.

Dice un refrán de Castilla:
"Las apariencias engañan";
más, por mucho que alguien
[mienta,

conocemos su programa:
vuelva el cura a su parroquia,
y el millonario a gozarla,
y el burgués a su negocio,
y el cacique a las andanzas;



vuelva la Guardia civil
—si puede ser, reforzada—,
y a quien pan pida, dé plomo,
pero, ¡por Dios!, sin alarma...

Cada rico, a su riqueza;
cada pobre, a su desgracia;
la tierra, para los muertos,
y a pedir quien la trabaja.
Paguen las deudas de gue-
[rra

con aumentos de jornada
los proletarios, y pongan
al mal tiempo buena cara;
los redentores de oficio,
cubran de nuevo su plaza,
y a sudar los que pretenden
defender su propia causal;
vengan leyes de excepción,
y del estado de alarma
pasemos pronto al de guerra,
que con la paz mejor cuadra.

Si al revolver una esquina
te encuentras con una bala,
pues... a quien Dios se la dé,
que San Pedro se la extraiga.

Orden, orden y más orden,
mantenido a rajatabla,
con "minutos de silencio",
banquetes, champán y está-
[tuas.

¡Ni hablar de revolución!
Punto en boca; ¡democracia!
y a otra cosa, mariposa,
que aquí no ha ocurrido na-
[da...

Pero, ¡ah!, si "Debout les
morts!"

gritó un teniente de Francia,
"¡En pie los vivos aún!",
gritan los muertos de España.

¡Obreros y combatientes:
si en guerra los muertos man-
[dan,

todo quisque a obedecerlos,
y vamos a ver qué pasa!

